

NOTAS PARA EL ESTUDIO DEL PAISAJE NOTES FOR THE LANDSCAPE STUDY

Ángel LICERAS RUIZ

Resumen

Los paisajes forman parte de nuestros marcos de vida. Hoy día su estudio ocupa un lugar importante en muy diversos campos de conocimiento, de modo que las dimensiones actuales del paisaje amplían las necesidades formativas de este contenido en aspectos hasta ahora poco atendidos. Es imprescindible una adecuada e integral formación sobre estos ámbitos espaciales, acorde con su consideración compleja y pluridisciplinar y su riqueza formativa.

Palabras clave

Paisaje, realidad objetiva, representación, patrimonio, planteamiento didáctico.

Abstract

Landscapes are part of our frameworks of life. Today, his studio occupies an important place in very diverse fields of knowledge, so that the current dimensions of the landscape broaden the training needs of this content in aspects that have been neglected so far. It is essential to have an adequate and comprehensive training in these spatial areas, in accordance with its complex and multidisciplinary consideration and its richness of training.

Keywords

Landscape, objective reality, representation, heritage, didactic approach

Ángel LICERAS RUIZ. Profesor del Departamento de Didáctica de las Ciencias Sociales de la Universidad de Granada (España). Miembro del grupo de investigación "Didáctica de las Ciencias Sociales, de la historia y del patrimonio cultural" (HUM-718). Ha centrado su actividad investigadora fundamentalmente en los campos de las dificultades de aprendizaje de las Ciencias Sociales; el paisaje como entidad geográfica y patrimonial; y la influencia de los medios de comunicación social como agentes de educación informal.

Recepción: 12/II/2018

Revisión: 01/III/2018

Aceptación: 15/III/2018

Publicación: 31/III/2018

NOTAS PARA EL ESTUDIO DEL PAISAJE

NOTES FOR THE LANDSCAPE STUDY

1. INTRODUCCIÓN

El paisaje ocupa hoy día un lugar importante en muy diversos campos de conocimiento, cada vez más en las preocupaciones de la sociedad, y el vocablo paisaje forma parte de nuestro vocabulario habitual con múltiples sentidos y aplicaciones.

Los paisajes son ámbitos espaciales que constituyen nuestro marco existencial, en los que estamos inmersos permanentemente, formamos parte de ellos, los vivimos y experimentamos, albergan nuestro legado y nuestra herencia individual y colectiva, nos acogen o nos repelen, los creamos y nos modelan, nos aportan límites y posibilidades, nos anteceden y nos sobreviven, de una manera u otra el paisaje es inmortal, siempre habrá paisaje, nos identificamos con ellos, contribuimos a crearlos y también a destruirlos, pero no los conocemos.

Un importante desafío para la enseñanza de las disciplinas sociales se centra en hacer que los

alumnos aprendan a descubrir y comprender lo que se les presenta por doquier; a observar más allá de lo que aparece ante sus ojos; a buscar explicaciones asentadas en los términos que nos proporciona nuestro pensamiento; a cuestionarse la información que otras visiones nos transmiten; y a actuar en pro de mejorar el medio que otros nos legaron. Eso lo propicia el estudio del paisaje.

Los paisajes poseen una materialidad, y su conocimiento más objetivo trata de corresponderse con la esencia de cada uno de ellos, pero también son como nos parecen, como nos los representamos, como los sentimos y, en función de esto último, como los vivimos, y este conocimiento interpretativo resulta tan importante como el anterior. El paisaje es, pues, a la vez construcción de la naturaleza, del hombre y del espíritu del hombre; es ciencia, cultura y sentimiento (Liceiras, 2013a). Este planteamiento implica abordar pedagógicamente el tema del paisaje desde perspectivas muy diversas, manejando conocimientos más objetivos, sobre el paisaje real, centrados en lo que el paisaje es y contiene, y otros más subjetivos centrados en el paisaje representado, percibido, vivido y valorado.

Aunque tradicionalmente el paisaje haya sido un objeto de estudio preferente de la ciencia geográfica, pues en él se proyectan todas las virtudes pedagógicas y formativas del conocimiento geográfico, hoy día debe ser considerado como punto de encuentro y conexión entre múltiples disciplinas. Este carácter integrador del paisaje hace de su estudio un notable recurso educativo que permite acercarse a la compleja realidad espacial desde una perspectiva globalizadora, enriqueciendo al alumnado con contenidos que corresponden a diversas ciencias y adiestrándole también en la resolución de problemas en los que intervienen variables medioambientales, culturales y sociales que requieren de esquemas de análisis que atiendan a las numerosas relaciones que se establecen entre tales variables a lo largo del tiempo y sobre un mismo espacio geográfico.

Las dimensiones actuales del paisaje amplían las necesidades formativas de este contenido en otros aspectos hasta ahora poco atendidos como vincular al alumnado con su entorno; hacerle comprender su papel de ciudadano actor, protagonista y responsable de sus paisajes; cuestionarse sobre las relaciones entre el hombre y el medio ambiente...

Pero siguen vigentes las consideraciones de García Ruiz (1997), cuando apunta que *“la mayoría de los docentes, seguimos ejerciendo una enseñanza unidireccional y monometodológica, a la que no se pueden incorporar todos los alumnos y*

en la que se dejan aspectos fundamentales de la formación de la persona en el tintero”.

La mayor parte de los jóvenes y adultos asocia la palabra paisaje a naturaleza, montaña, campo, pero el paisaje es mucho más amplio, más rico, más complejo. Es fundamental para el conocimiento del paisaje educar para “verlo” (percibir, observar, dar cuenta de cómo es el “objeto”), comprenderlo (conocer, interpretar...) y valorarlo (incluyendo una valoración estética y ética, aportaciones del “sujeto”).

2. ¿DE QUÉ PAISAJE HABLAMOS? SOBRE LA NOCIÓN DE PAISAJE

“Todo el mundo sabe lo que es un paisaje y, sin embargo, ¡qué concepto más complejo encierra esta palabra!” (Giner de los Ríos, 1886:199).

El sentido de la palabra paisaje ha variado con el tiempo, y hoy día se le atribuye una gran diversidad de significados según las disciplinas, los idiomas y las culturas. Todos ellos se pueden resumir en estos rasgos: su consideración como el sustrato ambiental perceptible de la actividad humana, caracterizado por una cierta escala (paisaje objeto y objetivo que existe afuera de nosotros); o como un territorio formado y habitado por sociedades particulares, un lugar de memoria, y el paisaje como representación mental marcada por la subjetividad (el paisaje entre el objeto y el sujeto) (Nogué, 2017).

NOTAS PARA EL ESTUDIO DEL PAISAJE

Ángel LICERAS RUIZ

2.1. El paisaje objetivo

El paisaje es un objeto real, una realidad material y objetiva, natural o producida por la sociedad, que de alguna manera expresa la combinación de los elementos naturales y humanos (el paisaje es relieve, suelo, viento, clima, formaciones vegetales, edificaciones, infraestructuras, etc.) y, desde esta perspectiva, su estudio lo abordan prioritariamente las ciencias de la naturaleza como la geología, geomorfología, climatología, ecología, la arquitectura, etc.

Este paisaje objeto, o paisaje "in situ", construido o natural existe sin observador. El estudioso persigue su conocimiento "científico" aplicando modelos de organización y protocolos de observación precisos, buscando producir una explicación del paisaje.

2.2. El paisaje como producto individual y social

También cuando miramos un paisaje estamos contemplando sociedad, dice Echavarrén, (2010), el paisaje transformado que traduce unas formas de organización social en las que el hombre imprime el sello de sus capacidades y valores. La formación de estos paisajes culturales es el resultado a la vez de las características del medio y las maneras en que los habitantes han podido adaptarse a ellos. El paisaje cultural se convierte así en reflejo de una sociedad, en un *espacio de patrimonio*, y también en un ámbito de *identidad* (Liceras, 2017a). Así, conocer un paisaje significa algo más que conocer una por-

ción de territorio, conlleva también entender a los hombres, a los grupos sociales, a los pueblos que lo han habitado y lo habitan. Nacemos, vivimos y morimos en algún paisaje, este paisaje nos identifica y nos aporta sentido de pertenencia a una parte del territorio. El paisaje tiene, pues, también una dimensión fuertemente identitaria, jugando un papel fundamental en el proceso de creación de identidades territoriales.

2.3. El paisaje como vivencia

Desde un enfoque humanista y fenomenológico, el paisaje es también una vivencia, una representación, una forma de ver y de imaginar el mundo capaz de suscitar sentimientos y valoraciones estéticas y éticas (Añón, 2005). El estudio de cómo la imagen de esta realidad es percibida por su observador siempre parcial y subjetivo o por las personas que forman parte de un paisaje, cómo la valoran y la disfrutan es objeto de conocimiento de la psicología, la filosofía, la sociología o la historia del arte, y configura ingredientes del sentimiento. Desde esta perspectiva el paisaje es fuente de emociones, nos hace soñar, estimula nuestra imaginación, nos hace vivir una experiencia de naturaleza artística. Algunos hablan del paisaje como "un espejo del alma".

La dicotomía entre lo objetivo y lo subjetivo busca de resolverla Berque con su idea de que el paisaje es necesariamente *trayectivo*: en él conviven una faceta objetiva y una dimensión subjetiva, pero no son dos visiones excluyentes, supone tanto lo que el entorno es en sí mismo como lo que es para un cierto observador, la

fusión de materia y espíritu. Este mismo autor trata de superar y conciliar este dualismo abordando el estudio del paisaje como una realidad relacional, como una entidad medial, la *medianza* de Berque (2000a), que significa que el paisaje es a la vez totalmente natural y totalmente cultural: “ningún elemento del paisaje puede ser solo un dato objetivo del entorno, o solo un sueño” (Berque, 2000b).

La noción de paisaje que surge en la antigua China, se prolonga en Occidente durante el Renacimiento y continúa con el Romanticismo hasta los tiempos modernos, tenía una base asentada en el espíritu, en la estética, en el arte. En el mundo contemporáneo las disciplinas que, en considerable aumento, incorporan su interés por el estudio del paisaje han tratado de transformar y profundizar la concepción del paisaje desde “punto de vista” a “cosa”, es decir, en objeto. Esta “objetivación” del paisaje fue mermando la consideración de esas otras facetas consustanciales al mismo: la dimensión estética y espiritual.

En el año 2000, el Consejo de Europa elabora el Convenio Europeo del Paisaje en el que aporta una definición de paisaje en la que se concilian ambas dimensiones del mismo: “*El paisaje se refiere a una parte del territorio tal como es percibida por las personas, cuyo carácter resulta de la acción de factores naturales y/o humanos y de sus interrelaciones*”.

Así pues, como apunta Minca (2008), el paisaje es, quizás, el único concepto moderno capaz de

referirse a algo y, a la vez, a la descripción de ese mismo algo. El término remite tanto a una porción de territorio como a su imagen, a su representación “científica” y también artística.

Con la idea de facilitar el desarrollo de la enseñanza de los aspectos sustanciales e integradores del contenido paisaje, podríamos definirlo como una realidad espacio-temporal concreta, una expresión formal percibida e integrada por un conjunto de elementos, tanto visibles como invisibles, que pueden ser de origen natural, biológico y antrópico, relacionados entre sí, que constituyen una estructura en continua evolución y transformación, a la que cabe asignarle unas funciones y descubrir significados diversos, que posee valores culturales y estéticos, y que interesa apreciar y proteger.

3. ¿POR QUÉ ESTUDIAR EL PAISAJE?

El carácter integrador del paisaje hace de su estudio un excelente recurso formativo, que enriquece a los alumnos con contenidos que corresponden a diversas ciencias y les adiestra también en la resolución de problemas en los que intervienen múltiples variables y relaciones.

Ser capaces de describir los paisajes; detectar los elementos que los componen; saber qué los diferencia unos de otros; analizar y comprender el sistema de flujos y las interacciones que se establecen entre sus elementos y componentes; conocer su evolución y los procesos que los configuran, evaluar los factores que los enriquecen o los empequeñecen, identificar el rol que desem-

NOTAS PARA EL ESTUDIO DEL PAISAJE

Ángel LICERAS RUIZ

peñan en la vida de las personas y de las colectividades, sentir el paisaje y crear una conciencia ecológica que mueva a su protección suponen aprendizajes muy valiosos en la formación de toda persona. Pero el paisaje sólo se abre a los ojos de quien sabe interpretarlo, sentirlo y disfrutarlo.

“Entender el paisaje es abrirse a un mundo de significados, de valores y cualidades, de muy variada índole, cuya comprensión ayuda sustancialmente a mejorar la educación del hombre. El contacto con el paisaje permite educar la inteligencia y, al tiempo, la sensibilidad y la imaginación; ayuda a incrementar y afinar simultáneamente, sin disociaciones inconvenientes, las capacidades intelectuales, éticas y estéticas de la persona” (Ortega Cantero, 2003).

Su enseñanza no conviene reservarla sólo a los espacios percibidos como naturales (montañas, litorales, espacios rurales, etc.) porque los espacios agrarios, industriales, urbanos, cotidianos ofrecen paisajes cuyo análisis resulta especialmente relevante, sobre todo porque son más próximos a la experiencia de los alumnos.

3.1. La educación sobre el paisaje

El estudio del paisaje implica una serie de funciones que incumben a ámbitos tan amplios como la educación intelectual, es decir, competencias cognitivas para pensar/interpretar el espacio, desarrollar la memoria, el razonamiento y el juicio

crítico a la hora de leer e interpretar un paisaje (adquisición de conocimiento); educación relacional, es decir, competencias relacionadas con saber observar, pensar y expresar el espacio, lo que significa dotar de un vocabulario para expresar el espacio y de métodos para representarlo (conocimiento de formas de hacer las cosas, métodos de práctica, etc.); la educación emocional, es decir, competencias relacionadas con el saber ser, despertar y sentir emociones al contacto con un paisaje, encontrar placer en descubrir los paisajes, ser curioso, buscar y comprender aquello que se sale de lo ordinario, ser precisos y rigurosos... (descubrir sentimientos y valores).

Estas funciones se concretan y desarrollan con otras más específicas: la función hermenéutica, es decir, aprender a leer el paisaje y sus signos, lo que involucra dos modos de lectura: el modo sensorial, porque puede considerarse como una educación de la vista y los sentidos, y el modo cognitivo, porque su exploración permite una mejor comprensión de los factores naturales y humanos; la función pragmática, que implica la necesidad de gestionar de manera responsable sus transformaciones; también se puede considerar una dimensión ética individual y social, ya que el paisaje pertenece no solo a cada persona, sino también a toda la comunidad que vive allí y lo percibe.

Especial relevancia cobra en la actualidad la función del paisaje como facilitador de ciudadanía. La formación ciudadana aparece hoy como una necesidad perentoria, en el sentido de ayudar a

proporcionar al ciudadano las claves para la participación en las decisiones relativas al desarrollo de su territorio. La implicación con el paisaje conlleva algo más que la defensa de sus elementos y valores identitarios, también como un objeto en constante evolución resultante de una multitud de puntos de vista.

3.2. La riqueza educativa del estudio del paisaje

De la riqueza formativa del paisaje no caben dudas pues posibilita el entrenamiento y desarrollo de un amplio abanico de competencias como las que acabamos de mencionar. Todas estas competencias son instrumentos con los que descubrir y explotar la enorme carga de valores que transmiten los paisajes.

“Los valores del paisaje son perfectamente objetivables y van más allá de los naturales: en tanto que es reflejo de una identidad socioterritorial, el paisaje está impregnado de valores sociales, culturales, históricos, espirituales y estéticos entre otros. Algunos de estos valores tienen un carácter intangible, pero no por eso son menos relevantes” (Nogué, 2017:10).

La secuencia formativa a seguir en el estudio del paisaje la podríamos esquematizar en el siguiente transcurso:

Conocer → comprender → valorar → → disfrutar → respetar → proteger

4. CONOCER, COMPRENDER EL PAISAJE: LA PERCEPCIÓN-OBSERVACIÓN

¿Qué aporta el contacto directo, *in situ*, con el paisaje? ¿Cuál es el lugar de las percepciones, del descubrimiento, del sentimiento? La observación directa tiene un plus de efectividad que enriquece la lectura y el estudio del paisaje. Este procedimiento, que se califica como fenomenológico, se basa en la consideración de la riqueza de las percepciones.

Los sentidos son nuestros agentes de información del entorno. Colores, olores, formas, sensaciones de humedad, calor o frío, sonidos e incluso sabores, nos proporcionan experiencias para identificar el medio. La percepción de un paisaje es la sensación resultante de una impresión material que han captado nuestros sentidos.

En la percepción y observación intervienen las experiencias anteriores, los conocimientos y concepciones culturales del observador, y por eso un mismo paisaje puede ser percibido de maneras diferentes por personas diferentes (Liceras, 2003). Esa riqueza perceptiva del paisaje conlleva un componente personal y otro cultural. Por un lado, la capacidad o el peso diferencial asociado a tal o cual sentido define las variaciones en la forma en que se aprehenden los paisajes por cada individuo; por otro, las “visiones del paisaje” difieren también porque las personas han desarrollado modelos mentales diferentes para organizar estos espacios, como reflejo de patro-

NOTAS PARA EL ESTUDIO DEL PAISAJE

Ángel LICERAS RUIZ

nes culturales que se distinguen unos de otros no tanto por el contenido de lo que sus habitantes perciben como por la forma en que lo perciben. Hay culturas de la visión (la occidental moderna) que favorecen el paisaje visual; las culturas de la audiencia le darían más importancia al paisaje sonoro; hay también culturas del olor. Sería, por lo tanto, inútil buscar una orientación paisajística basada en patrones visuales entre las personas que han dado primacía a otros sentidos en la forma en que interactúan con su entorno.

No deben confundirse entorno visual, sonoro, olfativo o táctil y el paisaje visual, olfativo, sonoro o táctil. Lo primero es meramente un conjunto de impresiones; lo segundo requiere una discriminación escrupulosa de imágenes, sonidos... y un enfoque reflexivo que posibilite una experiencia e interpretación del espacio mucho más rica y pertinente.

A la etapa sensible le sucede el enfoque cognitivo de elaboración de conocimiento, de explicación y valoración de las percepciones-informaciones recogidas, para comprender cómo se forman y evolucionan los paisajes, con una perspectiva sistémica y de complejidad. En esta fase no hay duda que la amplitud y pertinencia de las ideas previas de cada observador resulta el "material" disponible para transformar su experiencia del paisaje. A partir de las percepciones; del sistema de filtros (nivel de instrucción, nivel socio-cultural, educación...); de los caracteres individuales (personalidad, edad, sexo, sensibilidad, gusto, motivación, estado de espíritu del momento); del

conocimiento de los lugares, experiencias del espacio vivido; de los modelos culturales de la época (simbolismo, estereotipos dominantes...), etc. cada cual puede agrupar sus percepciones de los fenómenos del paisaje en diferentes niveles de comprensión, más profunda o más superficial. A partir de la riqueza de las percepciones y su lectura e interpretación, la enseñanza el paisaje debe incidir en la concepción sistémica de sus múltiples relaciones entre sus múltiples y diversos elementos constitutivos, cuyo significado aflora con el descubrimiento de sus interconexiones.

"El valor de los paisajes es el valor más hondo de lo geográfico. Pero para valorar esta información es imprescindible leerla. Y está claro que es preciso enseñar a hacerlo y entrar en el deseable círculo de 'educar para leer y leer para educar'" (Martínez de Pisón, 2004).

Es evidente que la valoración de un paisaje se asienta en gran medida en los resultados que aporta su lectura en sentido lato, y esta vinculación resulta insoslayable. La valoración del paisaje es una noción muy amplia que recoge múltiples categorías y dimensiones: aspectos ecológicos (biodiversidad, funciones ecológicas); características y funciones económicas (uso de la tierra, a veces interés turístico); aspectos históricos, culturales y patrimoniales; el conocimiento de los procesos de evolución del paisaje; sentimientos de apego al lugar donde vivimos, aspectos identitarios y sociales; la dimensión estética y ética, etc.

Hoy día, los procesos de “socialización” del paisaje como el turismo de masas o los medios de información que divulgan y estereotipan los paisajes, desfiguran sus valores, degradan su esencia, desnaturalizan su identidad y devienen, en gran medida, en la “banalización del paisaje”. Hay que proteger y respetar la esencia de los paisajes, luchar para preservarnos, aprender a reconocer y valorar sus señas de identidad frente a las copias estereotípicas y, a veces, hasta patéticas.

“Cómo describir la impresión que produce ver repetida Venecia entera en la tercera planta (sí, en la tercera) de un hotel (el Venetian Hotel. Macao) con una fidelidad tan perfectamente surreal... Pese a que en el exterior ya es de noche cerrada, en el equivalente a la plaza de San Marcos indoor empieza a atardecer. Las luces artificiales se encargan de ello sobre un cielo que, como no podía ser de otro modo, parece real... La Venecia de mentira, que de forma tan detallada como cruel se adapta a la imaginación pueril de cualquier turista, acaba por ser mucho más real que la Venecia misma”. (Martínez, 2018).

Un remedio frente a lo anterior puede ser el reconocimiento y la consciencia de nuestra afiliación a los “paisajes arquetípicos” que tienden a uniformizar los gustos: la verdolatría (idolatría de lo verde), la atracción por los paisajes de montaña, las playas vírgenes... Para ello la importancia de descubrir nuevos paisajes, acentuar el interés por los paisajes ordinarios, los paisajes de la noche, los paisajes emocionales, los paisa-

jes efímeros, los micropaisajes... (Nogué, 2007 y 2008) con los que la sociedad pueda identificarse.

Finalmente, el enfoque sensorial y el cognitivo se complementa con la perspectiva sensible, con la que se busca desarrollar y refinar la sensibilidad y la capacidad de percibir espiritualmente el mundo que nos rodea. En esta última fase cobran especial protagonismo las *representaciones mentales del paisaje*, que corresponden a un conjunto más o menos consciente, organizado y coherente de elementos cognitivos y afectivos a través de los que se forjan teorías espontáneas, opiniones, prejuicios, decisiones de acción, etc. Sobre estas representaciones se reconfigura la concepción del paisaje, de ahí la importancia de hacer emerger las representaciones mentales de los alumnos.

Nosotros miramos el mundo, lo percibimos y concebimos a través del velo de nuestros intereses, creencias y emociones, culturalmente tan asumidas hasta el punto de creer que son naturales. El papel de las emociones en el proceso de aprendizaje de los paisajes resulta, pues, esencial para desarrollar una sensibilidad hacia los mismos, al tiempo que constituye la otra parte inseparable de la alianza entre emoción y cognición.

4.1. La Historia del paisaje y la Historia en el paisaje

El paisaje es un sistema en continua evolución y no debe considerarse como un hecho fijo sino

NOTAS PARA EL ESTUDIO DEL PAISAJE

Ángel LICERAS RUIZ

como el resultado momentáneo de un proceso continuo. Cuando se observa en su estado actual ha de entenderse que, en realidad, es sólo una etapa de transición. Lo que vemos en una foto de un paisaje inmediatamente después de haberla tomado, es ya irreversiblemente distinto, ya que las condiciones que han producido esa imagen nunca más se repetirán de manera idéntica.

Se tiende a construir la idea del paisaje como entornos caracterizados por la simultaneidad del presente y del pasado, marginando su historia, cuando lo innegable es que los paisajes son realidades vivientes en continua transformación, y cuyos cambios debidos a factores y procesos naturales y antrópicos, con demasiada frecuencia (sobre todo los de este último origen) generan impactos negativos y degradación. Así, se puede hablar de la historia del paisaje (el paisaje como objeto, estructura física) y de la historia en el paisaje (restos y evidencias en el paisaje como hábitat cultural). Ese recorrido temporal queda reflejado en el paisaje en testimonios de diversa índole que hay que saber reconocer.

La confección, por ejemplo, de *frisos cronológicos analíticos* resulta un recurso didáctico idóneo para ejemplificar la trayectoria de los paisajes; ayudar a comprender su complejidad con una aproximación pluridisciplinar y sistémica; para advertir los ritmos temporales, con la lentitud y las aceleraciones, en la evolución de los paisajes; y para conectar e identificar los procesos y las dinámicas (usos, impactos, beneficios, actores, acciones...) que en ellos se producen.

4.2. El paisaje en las artes. La dimensión estética del paisaje

Frente a quienes defienden que no hay belleza natural sino una percepción histórica y cultural de los paisajes, una “artealización” (Roger, 2008), y sin negar la influencia de los filtros culturales anteriormente mencionados, hay que valorar la necesidad de cultivar las capacidades estéticas y de disfrute de la naturaleza como naturaleza, como un objeto no producido intencionadamente (no como arte) (Budd, 2014).

Las artes normalmente exaltan y descubren los aspectos sensibles, sentimentales que inspiran los paisajes a sus descriptores. Pero desde la perspectiva del conocimiento del paisaje hay que distanciarse de las copias y de las representaciones. Es mucho mejor el objeto que su representación, la observación directa que la indirecta, porque las cualidades y virtudes que un observador reconoce en la naturaleza no son atributos de la naturaleza sino del sujeto contemplador. El pintor, por ejemplo, trata el paisaje como trata cualquier otro tema: como una invención (Gombrich, 1984). Y éste es el papel del arte en el estudio del paisaje: dar lugar a la creatividad, a la imaginación.

5. CÓMO ENSEÑARLO. DIDÁCTICA DEL PAISAJE

El proceso de estudio del paisaje puede conducirse, en primer lugar, mediante la explicitación de una serie de objetivos que deben ser rele-

vantes, amplios, plurales, ricamente formativos y abordables desde todas las áreas disciplinares del currículum, buscando la consecución de las competencias anteriormente mencionadas.

Hay que enseñar y aprender a leer los paisajes, sus hechos y sus símbolos como forma de conocer sus sentidos, propios y otorgados, de alcanzar la información necesaria para valorarlos como expresiones del patrimonio natural o cultural. Sin olvidar la importancia de la comprensión del paisaje a través de los sentidos, de la experiencia, a través de la intuición, de los sentimientos, ni los valores, las actitudes, la motivación y las competencias requeridas para la protección y la mejora del medioambiente, desarrollando sentimientos de respeto y compromiso hacia la naturaleza.

Para facilitar los aprendizajes y el desarrollo de las competencias perseguidas resulta importante interesarse por el ámbito local, conocido y vivenciado, extrayendo de él contenidos y valores que, frecuentemente, la cotidianidad vela y minusvalora (paisajes patrimonios culturales no son sólo aquéllos que forman parte de los catálogos turísticos). El paisaje entendido como la relación sensible de las sociedades con su territorio, insiste en la idea de atender al entorno cercano (Liceras 1913b). La atención sobre estos contextos facilita también la significatividad, la motivación y el desarrollo de los contenidos y estrategias de aprendizaje.

Formar a los ciudadanos es una de las dimensiones más perentorias de la educación sobre el paisaje, pues implica, por un lado, enseñarles a

mirar de manera inquisitiva lo que les rodea, su entorno de vida, no imponiéndoles valores sino proporcionándoles las claves para formarse su propia opinión sobre los temas en cuestión. Por otro lado, ayudarles a desarrollar una conciencia ciudadana en la planificación del uso del suelo; enseñarles a integrar las sensibilidades necesarias para adoptar conductas claras y comprometidas sobre los problemas sociales y ambientales y sus interacciones. Es decir, referencias éticas en nuestra relación con el paisaje. Eso que viene llamándose últimamente como la “ética del paisaje” (Kessler, 2000; Zimmer, 2008; Liceras, 2017b). Este planteamiento requiere una mirada reflexiva y crítica, de compromiso y un enfoque del estudio del paisaje que lo problematice.

5.1. Estrategias y recursos para el estudio del paisaje

Entre las abundantes capacidades, habilidades, estrategias y recursos disciplinarios a desarrollar con el estudio del paisaje cabe destacar a aquellas que se relacionan con localizar, observar, describir, clasificar, representar, analizar, reflexionar y explicar. La aplicación de los Principios Geográficos (p. de localización y extensión; p. de descripción, generalización y comparación; p. de causalidad y explicación; p. de conexión o relación; p. de actividad, evolución o dinamismo) puede resultar un eficaz, riguroso y comprensivo hilo conductor que inspire la acción didáctica en el estudio de los paisajes (Liceras, 2016).

Otro relevante, tradicional pero infrutilizado recurso para la enseñanza-aprendizaje del paisaje

NOTAS PARA EL ESTUDIO DEL PAISAJE

Ángel LICERAS RUIZ

son *las excursiones e itinerarios didácticos* (de tan importante y meritoria tradición en la Institución Libre de Enseñanza con su impulsor Giner de los Ríos a la cabeza). Los itinerarios son fuente de innumerables beneficios para el estudio del paisaje, y adecuadamente preparados y ejecutados en sus tres fases (antes, durante y después de la actividad) estimulan la curiosidad de los estudiantes; propician la generación y concreción experimental de un amplio campo conceptual; ayudan a contrastar y consolidar o reorientar ideas previas sobre aspectos del paisaje desde una consideración multidisciplinar; representan ocasiones para ejercitar, junto a la observación, otros muchos procedimientos como dibujar, cartografiar, describir, interrogar, comentar, medir, ejercitar la fotografía del paisaje, las grabaciones sonoras, clasificar, comparar, analizar, explicar, etc.; constituyen oportunidades para profundizar la atención sobre los paisajes ordinarios como facilitadores de recursos y ventajas didácticas en el estudio del paisaje (Ojeda, 2013); en otros casos, pueden suponer

ocasiones para ejercitar el estudio de los paisajes singulares por sus características medioambientales, de belleza, de trascendencia patrimonial, etc. y, tras la consideración y el análisis de las cuestiones tratadas, establecer una dialéctica entre la perspectiva local y global.

En una fase inicial conviene aplicarse en tareas de motivación y de detección de ideas previas de los alumnos, establecimiento de objetivos de aprendizaje y organización de la actividad. Ya durante la realización de la práctica la base del trabajo descansa en la observación directa y, por ende, en la posibilidad de ejercitar y experimentar la pluralidad de percepciones sobre el paisaje, relacionarlas, interpretarlas, tomar notas, realizar actividades, conectar con entorno humano y cultural y disfrutar de los aspectos emotivos que suscite su contemplación. La fase posterior de esta actividad debe cumplir la importante función de reflexionar sobre lo experimentado durante el itinerario (contrastar, generalizar, valorar...).



Imagen 1. Oyendo las Cabañuelas de un paisano "meteorólogo" en Capilerilla, alpujarra granadina.



Imagen 2. Un itinerario por el Torcal de Antequera. Málaga.

De pocos contenidos se podría predicar un carácter más interdisciplinar. El estudio del paisaje convertido en una “ciencia diagonal” (Bertrand, 1968) exige esa consideración como producto de sus muchas y muy diversas dimensiones y perspectivas, como planteamiento y consecuencia ineludible de su propia naturaleza “trayectiva” (objeto y representación). Este enfoque no es, pues, una opción, es la perspectiva correcta que emana de la realidad que se estudia y que permite superar la división entre los campos científicos y artísticos. Pero no es fácil, se requiere una aproximación reflexiva y colaborativa entre disciplinas muy dispares: las ciencias naturales, la geografía, la historia, las artes, la literatura, la filosofía, la sociología, la economía, la arquitectura...

En el estudio del paisaje en el ámbito escolar ese enfoque interdisciplinar es una de las lagunas más notables que arrastra su tratamiento didáctico. El tema del paisaje es un contenido que se presenta en el currículum segmentado, con presencia en no más de dos disciplinas (ciencias naturales y geografía) y con escasa extensión para la amplitud de aspectos formativos que posibilita. Se precisa profundizar en un aprendizaje integrado de este contenido tumbando las tradicionales fronteras disciplinares.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Añón, C. (2005). El paisaje intangible. En M. Aguiló (Ed.), *Paisajes culturales* (pp. 87-92). Madrid: Colegio de Caminos Canales y Puertos-Cyan.
- Berque, A. (2000a). *Médiance. De melieux en paysages*. Paris: Belin.
- Berque, A. (2000b). Raison tráyective et dépassement de la modernité. *Revue de philosophie française*, 5, pp. 29-48.
- Budd, M. (2014). *La apreciación estética de la naturaleza*. Madrid: La balsa de la medusa.
- García Ruiz, A. L. (1997). El proceso de desarrollo de los itinerarios didácticos. *Didáctica Geográfica*, 2, 3-10.
- Giner de los Ríos, F. (1886). Paisaje I, II. En *La Ilustración Artística. Barcelona*, n.º 219 y 220, pp. 91-92 y 103 y 104. Artículos reproducidos en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*. II Época, 34-35 (1999), 95-102.
- Gombrich, E. H. (1984). *La teoría del arte renacentista y el renacimiento del paisajismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Kessler, M. (2000). *El paisaje y su sombra*. Barcelona: Idea Book.
- Liceras, A. (2003). *Observar e interpretar el paisaje. Estrategias didácticas*. Granada: Grupo Editorial Universitario.
- (2013a). *El paisaje: ciencia, cultura y sentimiento*. Granada: Grupo Editorial Universitario.
- (2013b). Didáctica del paisaje. *Íber, Didáctica de Las Ciencias Sociales*, 74, 85-93.
- (2016). La geografía, el paisaje y los mapas. En A. Liceras y G. Romero (Coords.), *Didáctica de las Ciencias Sociales. Fundamentos, contextos y propuestas* (pp. 141-161). Madrid: Pirámide.
- (2017a). Patrimonio y paisaje. En M. E. Cambil y A. Tudela (Coords.), *Educación y*

NOTAS PARA EL ESTUDIO DEL PAISAJE

Ángel LICERAS RUIZ

- patrimonio cultural* (pp. 119-133). Madrid: Pirámide.
- (2017b). Educación para una ética de la sostenibilidad del paisaje. *UNES. Revista de Didáctica de las Ciencias Sociales*, 2, 74-90.
- Martínez, L. (2018). *No es Venecia, no es Las Vegas, es Macao*. Diario EL MUNDO, 8-1-2018.
- Martínez de Pisón, E. (2004). Defensa del paisaje. *Sociedad Geográfica Española*, 18, 136-143.
- Minca, Cl. (2008). El sujeto, el paisaje y el juego postmoderno. En J. Nogué (Ed.), *El paisaje en la cultura contemporánea* (pp. 209-231). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Nogué, J. (2007). *La construcción social del paisaje*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (2008). Micropaisajes. Diario La Vanguardia, 3/IV/2008. Recuperado de http://blocs.xtec.cat/geografia/?page_id=153
- (2017). *El paisatge, entre el subjecte i l'objecte*. Barcelona: Institut d'Estudis Catalans. Recuperado de <https://publicacions.iec.cat/repository/pdf/00000240/00000050.pdf>
- Ojeda, J.F. (2013). Lectura transdisciplinar de paisajes cotidianos, hacia una valoración patrimonial. Método de aproximación. *INVI. Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Universidad de Chile*, 28 (78). Recuperado de <http://www.revistainvi.uchile.cl/index>
- Ortega Cantero, N. (2003). La visión del paisaje de Francisco Giner de los Ríos. *Boletín de la Biblioteca del Ateneo. Segunda Época*, IV (13), 21-30.
- Roger, A. (2008). Vida y muerte de los paisajes. En J. Nogué (Ed.), *El paisaje en la cultura contemporánea* (pp. 67-85). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Zimmer, J. (2008). La dimensión ética de la estética del paisaje. En J. Nogué (Ed.), *El paisaje en la cultura contemporánea* (pp. 27-44). Madrid: Biblioteca Nueva.